

## **LAS RUINAS DEL PASADO: APROXIMACIÓN A LA NOVELA HISTÓRICA MODERNA**

**Mercedes JULIÁ**

(Madrid: Ediciones de La Torre, 2006, 222 páginas)

Bajo un evocador y atractivo título, *Las ruinas del pasado*, Mercedes Juliá nos ofrece una amplia variedad de las relaciones entre literatura e historia.

En la “Introducción” (pp. 13-23), se fija en los cambios que desde el siglo XIX ha sufrido la ficción histórica y llega a la fuerte evolución sufrida a partir de 1950, bajo la línea de la pluralidad, tal y como recogen los trabajos de conocidos estudiosos. Ante el trabajo que se dispone a abordar, la autora parte de la afirmación: “[...] considero historias solamente las novelas que de alguna manera intentan acercarse a los sucesos pasados o constituyen una reflexión sobre la historia” (p.15), pero sin perder de vista lo dificultoso de la definición de este género.

En el Capítulo I (pp. 26-60), Juliá repasa la relación entre literatura e historia desde la época clásica -Homero, Herodoto, Aristóteles, etc.-, pasando por el Medioevo, siglos XVI y XVII -lección moral-, hasta llegar a 1814 en que la novela histórica cobra gran fuerza en Occidente gracias a la obra de Walter Scott -*Waverly*-. Recoge la fidelidad histórica de Flaubert -*Salambó*- y su antelación a los supuestos de la novela histórica del siglo XX; la rigurosidad de Pérez Galdós; y el hacer de otros autores como: Unamuno, Edith Wharton, Virginia Woolf, Baroja, Valle-Inclán, Faulkner, etc. El siglo

---

XX comienza con un tipo de novela “mítica”, caracterizada por la recurrencia de símbolos, y la guerra civil en España trae, en lugar de novela histórica, “novela documental, de denuncia, o social-realista” (p. 47). En los años setenta surgirá un tipo de novela de “estructura novelesca compleja y ecléctica –Eduardo Mendoza-, que será el inicio de la novela posmoderna, propia de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI. La novela histórica escrita en el exilio viene de la mano de Max Aub y Francisco Ayala que se convierten así en el nexo entre el intimismo de la psicológica –novela histórica modernista- y los diversos enfoques históricos –época posmoderna-. La novela histórica de mediados del siglo XX fuera de España está presente con la combinación: fidelidad histórica-rasgos modernistas, aportada por Yourcenar. Y así llegamos al momento actual, caracterizado por las variadas posibilidades de la novela histórica.

Todo lo expuesto se apoya en las aportaciones de numerosos teóricos -Gossman, Simmons, Sebold, Ferreras, Ciplijauskaitė, Bertrand de Muñoz, Herzberger, Pierre Nora, Bloch, Le Goff, Hutcheon, entre otros-.

El Capítulo II (pp. 61-80) lo dedica a “La transición del modernismo al posmodernismo” y se detiene en *Los usurpadores* (1948) de Francisco Ayala, novela histórica episódica que, con una estructura fragmentada, unida a conceptos de diversos periodos artísticos, “anunciaba el eclecticismo que caracterizaría a este género durante la posmodernidad” (p. 63). El nexo de esta novela episódica será el tema del poder; en ella Ayala reelabora la historia con el objetivo de hacer reflexionar a los lectores y que éstos sientan “una mínima ilusión en un porvenir mejor” (p. 79).

Otro país -Argentina- y otro periodo de la historia -gobierno de Rosas-, recogidos por el argentino Enrique Molina en su novela *Una sombra donde sueña Camila O’Gorman* (1973), ocupan el Capítulo III (pp. 81-102), “Aportaciones de la poesía al conocimiento histórico”. El autor, apoyado en una narración lineal, nos da una visión lírica de los hechos acontecidos a la persona de Camila, técnica interesante “para preservar la memoria histórica”. Molina intenta “abolir el tiempo y reconstruir ese momento pasado y mítico para instaurarlo en la memoria colectiva de forma permanente como guía a futuras

generaciones” (p.85); el autor pide reflexión al lector a la vez que da un acercamiento afectivo, con la finalidad de educar y conmover. Lo que preocupa al autor es el problema de la condición humana y lo presenta conjugando una dualidad: realidad histórica -tiempo cronológico- y realidad mítica -tiempo subjetivo, estático-. Y dominándolo todo, la oposición amor / muerte. Las teorías de Pierre Nora se cumplen en esta novela: se ha reconstruido un *lieu de mémoire* que ha abolido el tiempo.

El hecho de que la novela histórica escrita desde el enclave femenino haya proliferado en los últimos años lleva a Mercedes Juliá a detenerse, en el Capítulo IV (pp. 103-125), en los “Valores femeninos en el canon histórico” y en *Urraca* (1982), la novela de Lourdes Ortiz, claro ejemplo de tensión entre historia y ficción, en la que la crónica de *Urraca* -crónica ficcional- crea una nueva historicidad, “es ante todo un examen psicológico de la angustia existencial” (p.114). La figura de *Urraca*, entre una actitud activa y pasiva, es claro exponente de la gloria histórica, del poder y el amor, con prevalencia de éste último. Obra caracterizada por la ambigüedad: en el periodo histórico, en el personaje, en las bases y fines de la historia... en el texto. Y precisamente en esta ambigüedad, y en las diversas lecturas a que da lugar, es donde radica el atractivo y la modernidad de la novela. Como afirma Juliá, esta novela “sugiere que la historia, al abrirse a otras interpretaciones, permite que las personas, [...], puedan examinar y entender su pasado para encauzar su presente” (p. 125).

“La autobiografía como fuente de la historia” ocupa el Capítulo V (pp. 127-142), con el análisis de *El coro a dos voces* (1997), de Fernando Quiñones, obra en la que se funden dos hablas: la popular -pueblo- y la culta -literatura-, que configuran el yo autorial. Son dieciséis relatos centrados en la época de la posguerra y que constituyen una novela autobiográfica muy especial. Hay una relación estrecha entre la vida del protagonista y el contexto histórico en el que ésta está inmersa; “las historias del libro son especie de viñetas de la España de la posguerra” (p. 133), caracterizada por moralidad estricta, escasez en general, tristeza, desesperación y recuerdos de la reciente guerra civil. Por encima de todo esto el autor sitúa una serie de valores para poder superarlo. Esta novela está próxima a los postulados de los

---

historiadores más recientes: en ella, la historia “aparece en múltiples niveles, cada uno de los cuales constituye simultáneamente una inspiración, una verificación y una referencia para otros” (p. 141).

En el Capítulo VI (pp. 143-163) la autora se detiene en “Historia y fantasía: las novelas “ucrónicas”, de Raúl Ruiz”, que ofrece un tratamiento irrespetuoso del pasado. Ante el tratamiento que se da a la historia en la novela de la posmodernidad, la opinión de los críticos se divide: para unos, no es novela histórica porque se basa en un pasado ficticio; para otros, es más aceptable porque, ante la imposibilidad de conocer el pasado, los autores “funden y confunden historia y ficción” (p. 148). La característica que domina a las novelas de Ruiz a la hora de crear la historia es la arbitrariedad y, desde el presente, se ofrecen distintas versiones del pasado ya que, en realidad, es imposible conocerlo. Emplea frecuentemente la repetición -palabras, sonidos, frases hechas, personajes-, así como la inclusión de textos de autores conocidos -Unamuno, Juan Ramón Jiménez-; con ello indica que la historia no es original.

Las novelas de Ruiz que dan cuerpo a este Capítulo son: *El tirano de Taormina* (1980), en la que se mofa de la historiografía; *La peregrina y prestigiosa historia de Arnaldo de Montferrat* (1984), con el mensaje: los cambios son sólo aparentes y la historia siempre será la misma; *Los papeles de Flavio Alvisi* (1985), novela de desencanto y denuncia; y *Sixto VI* (1986), donde se ridiculiza a la Iglesia Católica. En sus novelas Ruiz señala el amor como lo único que hace feliz al individuo y destaca la importancia de un comportamiento ético; en ellas “refleja la crisis de la historia y los problemas que todo acercamiento al pasado conlleva” (p. 163).

“La recuperación de la memoria histórica” ocupa el Capítulo VII (pp. 165-188), apoyándose en tres novelas de Antonio Muñoz Molina: *Beatus Ille* (1986), *El jinete polaco* (1991) y *El dueño del secreto* (1994), que recogen las secuelas de la guerra civil y la posguerra, bajo el punto de vista de quienes no vivieron la confrontación pero crecieron en el franquismo. En estas novelas, centradas en la guerra, dictadura y transición, Muñoz Molina muestra nostalgia y esperanza en su aproximación al pasado y cree que la amnesia histórica que sufre el país podrá ser enmendada a través de la educación y el arte. En

*Beatus Ille* recoge el cansancio de la sociedad española por esta parte de la historia e intenta una memoria histórica colectiva. *El jinete polaco* muestra “la necesidad de asumir el pasado, si uno quiere tener una vida futura libre de pesimismo y desidia” (p. 176). *El dueño del secreto*, del secreto de la cobardía, se detiene en las causas de la amnesia histórica a nivel del individuo. En esta novela, “la memoria individual resultante del examen de conciencia es indispensable para liberarse del pasado y establecer una continuidad con el mismo” (p. 185).

Mercedes Juliá termina con el Capítulo VIII (pp. 189-203) dedicado a “Literatura y testimonio: las novelas de Mohamed Chukri y Montero Glez”. La narrativa testimonial se basa en hechos, situaciones, vidas reales y, por ello, está completamente relacionada con la historia; en este tipo de narrativa el elemento literario es muy importante ya que nos lleva al mensaje político e histórico.

Chukri, marroquí, y Montero Glez, español, tienen un mismo tema: la clase indigente y las injusticias de que es objeto. El marroquí pertenece a esta clase; el español, no, sólo le interesa su problemática - con la que se solidariza-, motivo por el que vive entre ellos. Todo esto influye en sus novelas y Juliá expone de manera clara y directa su objetivo: “lo que pretendo al presentarlos juntos es entender la obra de estos dos autores como paradigma de tradiciones literarias diferentes, para así distinguirlas y apreciarlas” (p. 192). Son dos autores y dos formas diferentes de expresar las mismas intuiciones, las mismas injusticias; dos diferentes contextos culturales y políticos, dos diferentes circunstancias particulares. Dos autores rebeldes, revolucionarios sociales y literarios.

Además de incorporar una extensa bibliografía, la obra se completa con el “Índice onomástico”.

Las distintas miradas dirigidas a nuestro pasado son prismas que nos devuelven ¿realidades?, en muchos casos insospechadas. Con este preciso y minucioso trabajo de Mercedes Juliá, estamos ante una interesante aportación al mundo de la novela histórica. Obra imprescindible para todo estudioso de historia-ficción y para todo aquel que quiera aproximarse al pasado en su deseo de conocer /

conocerse, porque conocer el pasado nos ayuda a abrir las puertas de nuestro futuro.

Emilia Cortés Ibáñez  
U.N.E.D., Albacete